

nipotente no declarase por medio de símbolos alguna ó muchas de las glorias eucarísticas. ¡Cuán admirable es el Señor que se dignó hacer que el mundo creyente vislumbrase de algún modo el Sacramento Santísimo! Otros muchos Sacramentos confiesa y posee la Religión Católica que no les precedieron figuras, sin duda porque no fué preciso ni son tan altísimos como el de la Santa Eucaristía. Ésta, como centro de la Religión, fué conveniente y necesario que los emblemas eucarísticos la precedieran, cual extraordinarias señales de su existencia futura.

Punto II.—No se satisfizo el Altísimo con los símbolos referidos, sino que ordenó, además, que los patriarcas y profetas, nobles adelantados, fuesen, en la sucesión de los siglos, pregonando las bellezas del convite eucarístico, vaticinando su institución, su esencia y sus efectos, considerados en los aspectos individuales y sociales. Moisés predijo este Divino Misterio al describir el Sacrificio de Melquisedec, los panes de la proposición, el fuego perpetuo que ardía en el altar, y sobre todo, el Arca de la Alianza, preciosa figura del adorable Sacramento. Salomón lo vaticinó al revelarnos la Casa que para sí edificó la Divina Sabiduría. Isaías lo anunció al manifestarnos que vendría tiempo en que de las fuentes del Salvador se extraería el agua de la vida eterna; en que por las cumbres de los montes correrían muchos ríos de purísimas aguas; y en que el Salvador llegaría á estar en medio del pueblo cristiano. Jeremías dijo de este excelso Misterio que embriagaría de grosura el alma de los sacerdotes. Abdías y Sofonías, que estaría en medio de la Iglesia; y Malaquías, que en todo lugar se ofrecería la inmaculada Hostia del Sacrificio eucarístico. Pero David, ilustrado por el Eterno de un modo especialísimo, habla de la Eucaristía, no ya á modo de profeta, sino á manera de apóstol, elogiándola de este modo: «Y el cáliz que me embriaga, ¡cuán excelente es! gustad y ved cuán suave es el Señor.»

Forma concepto elevadísimo del Sacramento Santísimo, porque dicta la razón que si el Señor dispuso de tantos

preparativos para instituirlo es porque en grandeza supera á las demás cosas criadas, y adquiere en tu corazón sólido afecto y aprecio verdadero á tan alto Sacramento, haciendo firme propósito de no desestimar jamás este gran medio de salvación.

¡Oh Jesús de mi vida! arrojad sobre mi alma una flecha de vuestro amor para que sepa como conviene apreciar la santa Eucaristía. ¡Oh María, auxilio de los cristianos! Conducid Vos misma esta divina flecha y pueda yo sentir sus decisivas influencias. Amén.

MEDITACIÓN V

El Omnipotente, determinando instituir el excelso Misterio del Altar.

(Continuación.)

Representate al Verbo de Dios humanado consultando con las otras dos divinas Personas sobre la manera de crear un bello compendio de las maravillas divinas.

Punto I.—Observa que el Ser que, estando en el seno del Padre, tocaba los montes y humeaban; y que, hecho hombre, lo mismo andaba sobre las aguas, que se transfiguraba en el Tabor, deseaba formar un compendio de su poder, y cifrarlo en un Sacramento que admirase más que todos los demás prodigios suyos. Pondera, pues, cómo hace el último esfuerzo de su omnipotencia y deposita sus tesoros infinitos en la Sagrada Eucaristía. Nada se reservó para sí, ni para el cielo; todo lo dió á nosotros. Su ilimitada sabiduría quiso encerrarse también en el estrecho círculo del Sacramento. ¡Qué hermosura la de la creación con todos sus variados encantos y armonías arrobadoras! Y el admirable mecanismo del compuesto humano, y la maravillosa posición y curso de los astros, y la portentosa fecundidad del suelo, la sucesión de los días y las noches y las estaciones; ¿no pregonan la sabiduría del Eterno? ¡Ah! Si tan admirable es el universo, infinitamente más es el adorable Sacramento del

Altar, para el cual necesitó el Altísimo poner en juego toda su ciencia infinita ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría divina, exclama el Apóstol, cuán incomprensibles son tus juicios! He ahí por qué este Misterio fué obra de la sabiduría, según predijo el salmista: La sabiduría edificó para sí una casa, mezcló el vino y dispuso una mesa.

Punto II.—Jesús, para instituir el Misterio del Altar, no sólo quiso poner en admirable juego su omnipotencia y sabiduría, sino que, en consideración á la Trinidad beatísima, pensó emplear otro divino atributo que forma el carácter de su Corazón. Fué su bondad inmensa. El amor que nos profesara forzó á la omnipotencia y sabiduría para que instituyese el Santo Sacramento; y observa que obra rara de bondad fué el formar al hombre del cieno de la tierra; obra rara de misericordia conversar con los patriarcas y profetas y marchar delante de ellos en sus excursiones por el desierto; obra portentosa de amor encarnarse y morir en una cruz; pero la obra de la Eucaristía aventajó á todas las demás, porque es un estupendo prodigio de amor divino; es más todavía: es el amor de Dios concentrado en una pequeña Hostia; porque si el amor es de suyo humilde, y Jesucristo se humilló hasta la muerte de cruz, mucho más se anonadó transformándose en comida del hombre; y si en la cruz se sacrificó una vez solamente, en el Altar se inmola tantas cuantas gustan sus ministros.

¡Oh, cómo se destaca con vivos coloridos en el Santísimo Sacramento el exceso de amor de Dios! Jesús en este Misterio nos amó hasta el fin, esto es, hasta donde pudo su bondad; y estas palabras no las inserta la Escritura Sagrada más que para hablar del amor de Cristo, S. N., en la institución eucarística. La bondad del Salvador inundó este V. Sacramento á la manera que en la Cruz, su sangre bendita regó el santo Cuerpo; y como en el Calvario no reservó ni una sola gota de sangre para sí, antes bien la vertió en beneficio de los hombres, así en la Eucaristía no se ha reservado grado ninguno de amor, sino que lo ha irradiado todo para provecho del género humano. ¡Oh bondad de Jesús!

cuán grande, cuán magnífica te muestras en la S. Eucaristía. La bondad y la compasión del Salvador, dijo el profeta, hicieron dejar una Memoria de sus maravillas en la Hostia de los altares. Reanima tu fe y procura recordar todos los días que Jesús arrojó en el Sacramento el resto de todas sus riquezas, y éste será el fruto que obtendrás de la meditación presente.

¡Oh Señor Sacramentado! Por cuanto sois admirable en vuestras obras, convertid mi alma hacia Vos para que sea grata á vuestros divinos ojos. Pero Vos, ¡oh Santa Madre de Dios! sed el medio de mi conversión hacia Jesucristo. Amén.

MEDITACIÓN VI

Presencia real de N. S. Jesucristo en la S. Eucaristía.

Figúrate á N. Salvador sentado á la mesa con sus discípulos, que pronuncia sobre el pan y el vino las palabras consagratorias á las cuales comunica toda la virtud de su omnipotencia infinita.

Punto I.—Examina cuánto será el poder de Cristo, Nuestro Señor, que, para convertir el pan en su propio Cuerpo y el vino en su misma Sangre, no necesitó de inmensos trabajos á la manera que el hombre, quien, para ejecutar alguna cosa de trascendencia le es forzoso sudar y emplear tiempo y dinero; antes bien, mediante su voluntad omnipotente y con pronunciar cuatro fecundas palabras efectuó una conversión tan admirable. Pondera que para Dios lo mismo da cuatro palabras que ninguna, porque es su omnipotencia la que imprime virtud á los vocablos, y si pronunció éstos fué para dar real significación al acto que ejecutaba. Debes considerar que el Altísimo, al querer extraer el mundo del caos, con pronunciar: Hágase la luz, hágase el firmamento, aquélla y éste aparecieron instantáneamente en medio del inmenso espacio; y quien pudo obrar estas maravillas, ¿no

podrá llevar á cabo el milagro de la Eucaristía instituída con breves palabras? Atiende que más fácil es producir obras de cosas realmente existentes, como son todas las que produce el hombre, que sacarlas de la nada, obra reservada á solo Dios: así pues, menos debiera costar al Señor convertir el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre que producirlos de la nada, y como efectuó lo primero ¿no pudo realizar lo segundo? ¡Oh poder inmenso! ¡oh voluntad fecundísima de Jesús! Cuánto no es el respeto y veneración que deberé cobrar á las venerables palabras consagratorias? y si los enemigos de mi Religión jamás se atreven á pronunciar el nombre de Dios sin mostrar veneración profunda; ¿no mostraré yo respeto sumo á las santas palabras por medio de las cuales el Hombre-Dios baja del cielo y se pone en la Hostia consagrada?

Punto II.—Jesucristo, S.N., realizó este prodigio por tres poderosas razones, á saber: porque pudo y quiso y convenía á nuestra salvación. Pudo el divino Salvador convertir el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, y las razones teológicas y filosóficas quedaron apuntadas en el Tratado I. Ahora debes fijar tu atención en que aquél que curaba á los leprosos y resucitaba á los muertos y desaparecía repentinamente de entre las muchedumbres, ese mismo convertía el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre; y aun cuando este prodigio de la S. Eucaristía sea más admirable que todos los demás, no obstante el mismo poder se necesita para un objeto que para otro; de estos principios deducirás que, así como hubo hombres que por delegación del Omnipotente pudieron obrar milagros semejantes á los de S. M. D., también los puede haber, y los hay de hecho, que por idéntica delegación pueden repetir el bello prodigio de la conversión eucarística.

El Hombre-Dios quiso instituir este Sacramento, precisamente porque nos amó desde la eternidad; y si le preguntásemos por qué razón quiso instituir la S. Eucaristía nos respondería con la Esposa de los Cánticos: Porque llagasteis mi corazón y me enamoré de vosotros con exceso.

Finalmente, puedes considerar las razones por qué convino que el Redentor nos regalase su precioso Cuerpo y Sangre. Has de saber que la vida cristiana, mucho mejor que la vida material, necesita de alimento sano y bebida generosa; tampoco se te ha de olvidar que el Salvador quiso que estuviésemos unidos á Él, no sólo por su gracia, sino hasta corporalmente; y era al propio tiempo su deseo que tuviésemos una prenda segura del eterno galardón que nos espera. Por todo lo cual es conveniente que te estimes á amar con fervor á Jesucristo Sacramentado, prometiéndole que le visitarás al menos una vez al día si tus ocupaciones lo permiten, siendo este el fruto de esta meditación.

¡Oh Dios de los Altares! Perdonad mi vida disipada, y dadme gracia para que pueda recogerme en lo sucesivo y medite los amores que me tenéis en la Hostia santa. ¡Oh María, Esposa del santo Espíritu! Alcánzame fervor para que pueda llevar á cabo esta religiosa empresa. Amén.

MEDITACION VII

Presencia real de Cristo N. S. en la Eucaristía.

(Continuación)

Imagínate que el Sagrario es un cielo animado, cortejado por innumerables espíritus celestes que, postrados, adoran á Jesús y le cantan himnos de alabanza.

Punto I.—Observa que, después de la consagración efectuada por el sacerdote en la Misa, el pan y el vino dejan de ser tales substancias, convirtiéndose respectivamente en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, conversión que la santa Iglesia denomina transustanciación. ¡Oh qué cambio tan prodigioso que, al llevarse á cabo, se abre el cielo, baja Jesucristo sin dejar al Padre, le acompañan los ángeles, le adoran los hombres, se alegra la Iglesia y se nos derraman

torrentes de gracias! Piensa atentamente en la rareza divina de esta total conversión mucho más admirable que la conversión de la mujer de Lot en estatua de sal, mucho más absoluta que la mutación de la vara de Moisés en serpiente, é infinitamente más ventajosa que la conversión del agua en vino obrada por Cristo, N. S., en Caná de Galilea. ¿Ves á la mujer de Lot convertida en estatua de sal? Pues atiende que siendo aquélla de carne y sangre, no obstante pasó á ser de la substancia de la sal, y aun cuando los que la miraban parecían ver á la mujer, empero no era más que figura de mujer: la substancia había cambiado y sólo quedaban los accidentes. He ahí lo que sucede en la transustanciación que, por más que nos parezca ver pan en la Hostia y vino en el Cáliz consagrados, no hay semejantes substancias: éstas han pasado á ser Cuerpo y Sangre de Jesucristo respectivamente; los accidentes de pan y de vino son los que se perciben, las substancias desaparecen. Así debes tú, alma mía, en virtud de la gracia de Jesucristo, cambiar tu corazón de carne por el Corazón divino, de suerte que, aun cuando en él se rastreen las imperfecciones ó accidentes humanos, no tenga en manera alguna la substancia del pecado grave. ¡Oh mi Jesús! Dadme poder para que yo ejecute en mí esta maravillosa conversión.

Punto II.—Si la Divina Eucaristía es un portentoso milagro y el mayor de los milagros, según dijo el angélico, también es el compendio de todas las maravillas. Por manera que en la conversión eucarística se enumeran hasta veintiocho milagros que explicó notablemente S. Buena-ventura, los cuales pueden reducirse á cinco capitales: 1.º Conversión del pan en el Cuerpo y del vino en la Sangre del Señor. 2.º Presencia real y habitual del Cuerpo del Salvador en la santa Hostia. 3.º Presencia simultánea del Cuerpo de Cristo en muchas Hostias. 4.º Accidentes sin sujeto. 5.º Comunión del Cuerpo real del Redentor; y debes ponderar que, al menos los cuatro primeros capitales prodigios y sus anejos, los obra el Omnipotente en el mismo momento que son pronunciadas las palabras de la consagración.

Todas estas raras maravillas está obrando el Señor diariamente por amor al hombre, y no obstante este vil gusano ha arrojado descaradamente su inmunda baba sobre el dogma católico eucarístico, sin más fundamento que su misma ignorancia y su orgullo satánico. Un día fué una pasión la que osadamente se levantó contra Jesucristo, y otro día fueron varias de ellas y algunas veces todas; pero el dogma de la santa Eucaristía, después de cada herejía resultaba más hermoso y firme, á la manera que el horizonte, pasada borrascosa tormenta, queda más limpio y seguro, resultando siempre estar de pie y cada vez más sólida la promesa del Señor: Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia. Aprende á ser humilde y á consolidarte cada vez más en el Santísimo Misterio de los altares, fundamento de los demás Misterios, y prométele al Señor que te portarás en todas partes de conformidad con la creencia que tienes en su dogma eucarístico.

¡Oh bello Sacramento! Ya que sois Misterio de la fe, dádme una muy sólida para que jamás me confunda la herejía. Pero, Vos, oh María, Madre de amor, abogad por mi causa y podré ser salvo. Amén.

MEDITACIÓN VIII

Presencia real y habitual de Cristo S. N. en la Santa Eucaristía.

Represéntate al Salvador, aprisionado en una Hostia por amor á los hombres.

Punto I.—Examina que en la milagrosa transustanciación, toda la substancia del pan pasa á ser substancia del Cuerpo de Jesucristo y toda la del vino se convierte en su Sangre, quedando únicamente los accidentes. En segundo lugar, siendo vivo el Cuerpo de Cristo, N. S., porque, según

afirma el Apóstol, Cristo una vez resucitado ya no vuelve á morir más, por acompañamiento, ó como llaman los teólogos, por concomitancia, pónese en la Hostia juntamente con el Cuerpo la Sangre del Señor y en el cáliz juntamente con la Sangre el Cuerpo. Además, como Cristo, N. S., es Hombre-Dios de ahí que la Divinidad de Jesucristo esté también realmente presente en la Hostia y Cáliz; porque á la manera que, difunto el Salvador, y estando su bendito Cuerpo en el sepulcro, y su alma santísima en el limbo, la Divinidad no se apartó de ambos, así también está presente en la Hostia y en el cáliz. Finalmente, como en Dios hay tres personas distintas y divinas, y donde está la una allí están las demás, resulta que también el Padre y el Espíritu Santo se hallan en el Sacramento Santísimo.

¡Oh, y cuántas maravillas! Que todo un Dios trino en Personas y uno en Esencia esté realmente presente en nuestras iglesias, presidiendo nuestro culto, honrando nuestro pueblo, oyendo nuestras plegarias, recibiendo nuestras adoraciones, deleitándose con nosotros, llenándonos de sus mercedes y disponiéndonos para una eternidad bienaventurada! ¡Oh Señor! Demasiado habéis honrado á vuestros amigos, constituyéndoos por nuestro Dios, y ordenando que nosotros fuésemos vuestro amado pueblo. ¡Ah! No existe lengua criada (1) que pueda declarar la grandeza del amor que Jesucristo profesa á su Iglesia, honrándola con su presencia real y con su influencia omnipotente y con sus carismas divinos. ¿Podremos siquiera nosotros rastrear dignamente algunas de las infinitas bellezas que se contienen en Jesucristo Sacramentado?

Punto II.—Nuestro amante Jesús ha determinado subsistir en la augusta Eucaristía, no sólo mientras se celebra el Sacrificio, ó durante la Comuni6n sacramental, sino hasta que se alteren ó corrompan las especies eucarísticas. Su acci6n divina es perpetua, porque perpetuamente nos ama, y en su ausencia no permitió que su Esposa la Iglesia quedase

(1) S. Pedro de Alcántara.

sola, para lo cual se encarceló mansamente en el Sagrario. También nos quiso dar á entender con esta nueva gracia, que nuestro amor hacia S. D. M. no debía ser de solos momentos, sino duradero y perpetuo.

Ten en cuenta, asimismo, la inmensa fineza que el Salvador nos hizo, disponiendo quedarse en una Hostia pequeñísima. ¡Oh maravillas de lo alto! La augusta Persona del Hombre-Dios, con ser del tamaño natural y perfecto, no se ha horrorizado de encogerse milagrosamente para hallarse realmente presente en exigua Hostia. Su venerable Cabeza, sus prodigiosas Manos, su amante Coraz6n y sus Pies benditos allí se hallan del propio modo que se adoran en el cielo. Desde el Sacramento escucha nuestras súplicas y las despacha favorablemente; por manera que aun cuando se halla en la santa Hostia, no como si estuviera en un lugar, ocupando espacio, al modo que los cuerpos, sino al modo de los espíritus, aunque con mayor perfecci6n, sin embargo está presente según lo está á la diestra del Padre. Y por más que no comprendas el modo de estar Jesucristo en la Eucaristía, empero, ¿no te has fijado en que toda la figura de un hombre con sus miembros, color, vestido y demás detalles se hallan perfectamente reproducidos en un pequeño espejo, en la pupila del ojo? Pues atiende que de un modo semejante se halla Cristo, N. S., en la santa Hostia. Saca de todas estas reflexiones afectos para robustecer tu fe, y has propósito de que al asaltarte alguna duda sobre este inefable Misterio te valdrás para disiparla de los ejemplos precedentes vivificados con la gracia de Jesucristo. Gózate de que Nuestro Señor haya otorgado al mundo el soberano Misterio del Altar para prueba, aumento y recompensa de su fe, y di á su Majestad la oraci6n siguiente:

¡Jesús Sacramentado! Ilustra mi alma con los resplandores de tu Hostia inmaculada, para que nunca tenga la menor duda, ni asalto del enemigo contra el Misterio del amor. Y vos ¡Emperatriz de la gloria! obtenedme esta luz, para que yo pueda caminar sin tropiezo por este valle de quebrantos. Amén.